

David Jiménez

Los diarios del opio

Tras las huellas de Orwell, Conrad, Kipling
y otros grandes escritores que encontraron
la perdición en Oriente



Ariel

David Jiménez

Los diarios del opio

Tras las huellas de Orwell, Conrad, Kipling
y otros grandes escritores que encontraron
la perdición en Oriente

Ariel

Primera edición: junio de 2023

© 2023, David Jiménez
Edición gestionada a través de Oh!Books Agencia Literaria

Derechos exclusivos de edición en español:
© Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-344-3642-8
Depósito legal: B. 9.947-2023

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.



Índice

1. William Somerset Maugham / Indochina.	11
2. Joseph Conrad / Borneo	37
3. Rudyard Kipling / India.	63
4. George Orwell / Birmania	87
5. Alexandra David-Néel / Tíbet	109
6. Martha Gellhorn / China.	133
7. Graham Greene / Vietnam	161
8. Manu Leguineche / Filipinas.	191
9. Nicolas Bouvier / Japón	219
10. Tiziano Terzani / Tailandia.	245

William Somerset Maugham / Indochina

Quizá viajamos para no aburrirnos de nosotros mismos. Convivimos demasiadas horas con nuestro yo. Lo escuchamos todo el día decir cosas parecidas, cometer los mismos errores, verse con los mismos amigos y familiares, ir y venir de casa, del trabajo, del gimnasio o de la casa de los suegros. Maugham aseguraba cansarse con frecuencia de sí mismo, cosa difícil de imaginar en alguien que compaginó los oficios de médico, explorador, escritor y espía, que mantuvo romances con mujeres y hombres indistintamente y que tenía aficiones variadas que iban del arte a la arquitectura o el tenis. Y a pesar de todo ello, solo viajando a lugares que le eran extraños, mezclándose con gentes diferentes, sintiéndose libre de los lazos y responsabilidades de la cotidianidad, conseguía transformarse.

«Nunca vuelvo con la misma personalidad con la que partí», escribió.

Cuando William Somerset Maugham (1874-1965) habla de viajar no se refiere a ese *turisteo* difícilmente transformativo que en estos tiempos se desplaza en manadas, se encierra en *resorts* de lujo, compra recuerdos en centros comerciales idénticos a los que tiene en su barrio y se hace fotos disfrazado de indígena, sin haber contactado con ninguno; cuando no se despeña por un barranco en

busca de una fotografía que colgar en las redes sociales. En Portofino, hace un par de veranos, vi a una familia acercarse al borde de un acantilado de la costa genovesa. Querían una fotografía de la puesta de sol, pero ninguna parecía agradarles lo suficiente. Mientras el padre se agachaba buscando un ángulo mejor, la madre estiró los brazos y asomó a su bebé por el precipicio. «¿Qué tal ahora?» Durante unos segundos, aguanté la respiración. La probabilidad de que el niño se resbalara de las manos de su madre, aunque remota, existía. Y si eso podía ocurrir, ¿merecía la pena asumir el riesgo por una foto? Somerset les habría recordado que «solo los estúpidos dejan que su diversión dependa del mundo exterior».

El viaje, como lo entendían los aventureros de antes, duraba meses, incluía pasar días en una carretera cortada por las lluvias del monzón y defenderse de la malaria con tragos de ginebra. Fracasabas si en el camino no conocías a gente fascinante o no vivías experiencias únicas, no si fallaba el aire acondicionado del hotel. Y todo había que hacerlo sin perder nunca la distinción, sobre todo si, como en el caso de Somerset Maugham, eras un hijo del imperio. El autor británico viaja a Asia con una partida de cocineros, sirvientes y porteadores tras una década de éxitos que lo convirtieron en el escritor mejor pagado del mundo. Tiene cuarenta y nueve años cuando en 1923 emprende la aventura que narraría en *El caballero del salón*, su libro de viajes por Birmania, Siam e Indochina.

Tras una visita a Shwedagon y una parada en las pagodas de Bagan, un barco de vapor lo lleva por el Irawadi hasta Mandalay: es una de las partes más plácidas de un trayecto que pronto se vuelve salvaje y hostil. Los miembros de la partida avanzan a lomos de mulas por caminos intransitables del estado birmano del Shan —«El barro les llegaba hasta las rodillas y era imposible seguir a un paso

más rápido que el del caracol»—; se adentran en junglas envueltas en la niebla, con la sensación de haberse perdido; cruzan ríos que no aparecen en los mapas, remando sobre improvisadas balsas de bambú; se detienen en remotas aldeas cuyos habitantes jamás han visto un hombre blanco, gentes temerosas de los espíritus y poderes malignos; y pasan días antes de alcanzar la siguiente ciudad, donde tampoco encuentran nada que les parezca civilizado. En algunas paradas cambian las mulas por el *rickshaw*; en otras, el caballo por el buey de agua; y a veces son sus piernas las que hacen el camino. Solo el trayecto entre Taunggyi, capital del sur de los estados de Shan, y Keng Tung les lleva veintiséis días de camino. El objetivo es el reino de Siam y, al acercarse, adentrándose por lo que hoy es el norte de Tailandia, las condiciones mejoran: el paisaje se vuelve agradable, «salpicado por aldeítas pintorescas», y al fin dan con un camino que parece una carretera, a pesar de los baches y el barro. Maugham ve ante sí la posibilidad de bajarse de los cuadrúpedos, que en sus buenos días lo han hecho avanzar a una media de veinte kilómetros por día, y subirse a algo con cuatro ruedas. «A la sombra de unas palmeras y moteado por el sol, me estaba esperando, rojo, sólido y fiable pero sin pretensiones, un Ford.» El autor describe su éxtasis al enfilarse a la velocidad de doce kilómetros por hora mientras los campesinos observan atónitos el primer coche que pasa por sus aldeas, anunciándoles cambios que ni imaginan. Nuestro aventurero sigue escogiendo los caminos menos transitados y lo hace vistiendo igual —es un inglés de buena planta, fumador en pipa, con el bigote recortado, traje con chaleco y pañuelo en el bolsillo— para visitar a una tribu o tomar el cóctel de las seis en el Oriental de Bangkok, el hotel en la ribera del Chao Phraya que ya entonces era el verdadero oasis del sureste asiático.

En el Oriental, una *suite* con su nombre todavía recuerda a Maugham. Quizá le concedieron el honor porque tuvo la delicadeza de no morir en el hotel, aunque estuvo cerca. Tras registrarse, el escritor siente un golpe de sopor tropical. La brisa del Río de los Reyes no logra aliviarle; le duele la cabeza y duda si le ha sentado mal la comida. Se toma la temperatura: tiene más de cuarenta. Unos días antes, mientras viajaba en dirección a Siam, el comandante de un puesto local insistió en que durmiera en la mejor habitación de su casa, que al contrario que su tienda no tenía mosquitera. Esa noche contrajo malaria. Entre alucinaciones, Maugham oye a la entonces dueña del Oriental, madame Maire, pedirle al médico que lo traslade al hospital: «No puedo dejar que se muera aquí, ¿sabe?». Su moribundo huésped no se lo echa en cara y entiende la preocupación de la mujer: de quedar vinculado para siempre a tan exquisito cadáver, el negocio podría resentirse.

Una vez recuperado, el escritor se lanza a descubrir Bangkok y le ocurre lo mismo que al turista que llega a la ciudad estos días: no se enamora a primera vista. Siente desazón ante el estrépito incesante de su tráfico —¿ya entonces?—, el barullo de sus calles, el polvo y la ausencia de una arquitectura que inspire a su alma artística. Incluso la comida le parece insípida, algo difícil de creer para quienes hayan probado el picante tailandés. El autor británico tenía debilidad por el sureste asiático, aunque no necesariamente por sus ciudades. Dice de ellas que carecen de historia, tradiciones o melancolía. Le abrumba su caos, no soporta el calor sofocante y se desorienta entre calles que le parecen idénticas. Busca la contemplación y descubre que «en Oriente no existe el silencio».

Y de todas las ciudades al este de Suez, ha ido a parar a la más ruidosa.

Solo con la mente despejada, libre de fiebres, empieza Somerset Maugham a encontrar encantos a Bangkok: los barrios suspendidos sobre el agua, los canales donde se bañan los niños, los templos a la vera del Chao Phraya —¿cómo puede «existir algo tan fantástico en esta tierra sombría?»—, y esos *sois* o bocacalles que uno encuentra donde menos espera y hacen que sea posible caminar unos metros, alejarse del ruido y adentrarse en lo desconocido. Y es entonces cuando uno se pierde en el desorden impredecible y encantador de Bangkok, cuando la ciudad deja de mostrarse áspera y antipática para envolverte en su «halo de misterio, la menos corriente de las emociones que podemos experimentar» mientras la visitas.

¿Fue ese halo de misterio del que habla Maugham lo que me atrapó también a mí cuando visité la ciudad por primera vez? ¿La razón de que mi viaje a Oriente, que debía durar seis meses, se prolongara durante casi dos décadas? Nunca he sabido explicar mi fascinación por el Este. O por qué escogí Bangkok como residencia, entre los miles de opciones que ofrecía Asia. Para los que, como Somerset Maugham, nos cansamos con facilidad de nosotros mismos, la capital tailandesa ofrece la terapia perfecta. Es divertida, abierta y tolerante, pendenciera dicen algunos. No juzga ni condiciona. Se adapta a lo que cada uno quiere de ella. La abandonas con el presentimiento de haberte perdido algo, «como si tuviera algún secreto que nos ha ocultado». Y vuelves para buscarlo, una y otra vez.

Maugham y Bangkok estaban hechos el uno para el otro: la bisexualidad del escritor y la ambigüedad de la capital tailandesa; el afán de vivir sin ser juzgado y un lugar que no juzga; la búsqueda del perfeccionismo y la belleza de la imperfección; la tolerancia, en fin, de un destino que tiene la habilidad de transformarse en lo que el

visitante quiera o necesite de él. Por entonces, nuestro escritor era el que con más libertad escribía de sexo entre sus contemporáneos, para escándalo incluso de sus editores. En Siam encuentra la desinhibición que la Inglaterra de los corsés morales y las normas victorianas no podía ofrecerle. Sin saberlo, ha llegado al país del mundo que menos en serio se toma las pasiones carnales, un lugar que el embajador británico Anthony Rumbold, destinado en Bangkok entre 1965 y 1967, describió así en un cable enviado a Londres: «No tienen literatura ni pintura y solo una clase muy extraña de música. Su escultura, la cerámica y el baile son prestados de los demás, y su arquitectura es monótona y la decoración interior horrible [...]. Nadie puede negar que el juego y el golf son los principales placeres de los ricos, y que el libertinaje es el principal placer de todos ellos».

¿Puede haber lugar más indicado para alguien que entonces mantenía un complicado trío sentimental con su esposa, la decoradora Syrie Wellcome, y con Gerald Haxton, un trabajador estadounidense de la Cruz Roja que fue el gran amor de su vida? Selina Hastings cuenta en su biografía del escritor que Wellcome entendía la doble vida de su marido hasta el punto de proporcionarle mancebos para su divertimento; Haxton, por su parte, se convierte en su inseparable compañero de viaje a lo prohibido. Su novio hace las veces de guardaespaldas, amante y organizador de los pasatiempos de la pareja. Aunque Maugham ni siquiera lo menciona en sus relatos de *El caballero del salón*, Haxton lo acompaña durante todo el recorrido y es clave en el éxito del viaje al compensar, con sus maneras extrovertidas y su talento para las relaciones sociales, la timidez del escritor. Juntos descubren no solo los templos y las aldeas, sino también ese Oriente erótico que perdura en el imaginario de los viajeros occidentales, alimentado

por fantasías y estereotipos que ningún país ha explotado tanto como Tailandia.

El reino de Siam concedió la primera licencia de apertura de un burdel en 1680, en la antigua capital de Ayutthaya. Los primeros barrios rojos, creados para los soldados estadounidenses que venían de permiso a Bangkok durante la guerra de Vietnam, se transformaron en una industria que atrajo a los balas perdidas de Occidente, a los turistas sexuales y a los perdedores sentimentales, que cayeron sobre el país atraídos por su oferta de segundas oportunidades. Las autoridades miraron a otro lado e incluso promocionaron lo que un ministro de Interior de finales de los años sesenta, Prapas Charusathiarana, describió como una gran oportunidad económica. La idea era que las mujeres del país se entregaran a la misión de satisfacer a los extranjeros: el país ya buscaría la manera de reparar su reputación cuando llegara el momento.

Pero no han sido solo el sexo y la promesa de libertinaje lo que ha atraído a los hombres occidentales a Oriente. Cuando me instalé en Bangkok como corresponsal, tras haber vivido siete años en Hong Kong, la sede diplomática de España en Tailandia era conocida por sus funcionarios como «la embajada del amor», por el número de españoles que se presentaban para pedir papeles para una novia a la que habían conocido la noche anterior en algún bar de Patpong. Un cónsul me contó las entrevistas surrealistas que tenía que hacer a los pretendientes, porque ni ellos hablaban tailandés ni por supuesto ellas español. Y ni el uno ni la otra una palabra de inglés. «Los separábamos y les hacíamos preguntas, para ver si había contradicciones en su historia de amor y se trataba de matrimonios de conveniencia para lograr visados.» Y resultaba que sí, aquellos tipos estaban locamente enamorados, o al menos lo creían. La mayoría prefería quedarse en Tailandia a lle-

varse a sus pretendientes a casa. En Isan, una región rural del noreste del país, camioneros suecos, carpinteros alemanes, exagentes de la CIA, empresarios italianos o jubilados españoles construían vidas nuevas con jóvenes esposas a las que conocían en los bares o por internet. Conseguir un marido *farang* —como se conoce a los extranjeros en Tailandia— se había convertido en la salida más buscada por miles de familias. En las ciudades del norte se vendía un manual a modo de guía: *Novio extranjero, marido extranjero*, con consejos y recetas de autoayuda para aceptar un marido feo, gordo o viejo, en ocasiones las tres cosas a la vez. La idea era mirarlo por el lado bueno: «Tienen más dinero y son más fieles que los tailandeses, que si pueden se acuestan con tu hermana», decía la guía.

En un concesionario de *tuk-tuks* de Udon Thani, la capital de Isan, conocí a Enrique León, un controlador aéreo canario al que le quedaban dos años para jubilarse. Estaba comprándole uno de aquellos cacharros a su nueva esposa tailandesa, veintiocho años más joven que él. Divorciado y con los hijos ya mayores, León lo tenía todo planeado: había adquirido un terreno en la aldea de su esposa, de apenas quinientos habitantes, y llevaba meses construyendo el hogar donde viviría el resto de sus días. Me contó que la noche de bodas durmió a ras de suelo, en una casa sin electricidad ni agua corriente. El pueblo lo recibió como un salvador que traería prosperidad y prestigio a un lugar alejado de las rutas turísticas y donde las esperanzas de las familias estaban puestas en lograr que sus hijas atraparan a un marido *farang*. ¿No era acaso mejor que enviarlas a trabajar a los bares de Bangkok, donde les colgaban un número y las ponían a bailar para que los extranjeros escogieran cuál se llevaban esa noche?

El controlador aéreo no parecía preocupado por que las estadísticas de los juzgados de Udon Thani mostraran

que la mitad de aquellos matrimonios mixtos terminaban en divorcio, a menudo con consecuencias ruinosas para hombres que desconocían las tradiciones, las leyes locales y la capacidad de la mujer tailandesa para fingir en el amor. Charles Law, un escocés que sufrió uno de aquellos desengaños y que ahora se dedicaba a asesorar a extranjeros novatos, me contó historias dignas de telenovela: el profesor de escuela británico cuya prometida se fugó con el dinero que le envió para construir la casa conyugal; el que estuvo a punto de ser asesinado por su familia política, o el jubilado belga que aceptó que su esposa se trajera a su hermano a vivir con ellos, porque al parecer se había quedado sin trabajo: un día los pilló juntos en la cama y descubrió que no era su hermano, sino su primer marido.

Enrique León no tenía oídos para finales infelices: «Las tailandesas son mujeres sumisas que te dicen sí a todo sin poner jamás un problema. Por las noches me baña, me da masajes y me corta las uñas de los pies. ¿Qué más puede esperar un hombre?».

Cuando conocí a León, el Gobierno llevaba unos años inmerso en una campaña para recuperar la reputación que aquel ministro había entregado a cambio de divisas. Alguien cayó en la cuenta de que el país, con sus playas paradisíacas y su naturaleza, el encanto de sus gentes y su oferta culinaria, no necesitaba alquilar a sus jóvenes para atraer a los extranjeros. Los carteles a la entrada de Pattaya, la ciudad costera convertida en el mayor centro de prostitución de Asia, mostraban ahora familias disfrutando de la playa y los parques acuáticos. La policía organizaba redadas puntuales contra el vicio que en realidad eran operaciones de relaciones públicas y con el objetivo de subir el precio de las mordidas que los locales pagaban por seguir operando. Los corresponsales recibíamos toques de atención de las autoridades cuando escribíamos

historias sobre prostitución, un clásico de los recién llegados. Una mañana me sobresaltó la llamada de un inspector de policía que, con inquietante misterio, me dijo que quería tratar conmigo un asunto delicado. Mientras iba a su encuentro, hice una rápida batida mental en busca de crímenes recientes que hubiera podido cometer. ¿Sobornar a agentes de tráfico para eludir las multas? Demasiado común. ¿Problemas con Hacienda? Solo conocía un extranjero que pagara impuestos y era yo. Días antes había publicado un artículo crítico con la monarquía, intocable en Tailandia, y pensé que la cosa iría por ahí. Tampoco. La ciudad vivía graves inundaciones aquel monzón y la mayoría de los expatriados enviaron a sus familias a Europa o Estados Unidos. La gente se movía por las calles, literalmente, en lanchas zodiac o nadaba con flotadores. Los burdeles, sin embargo, seguían abiertos y yo escribí una nota para el diario contando que sus dueños eran los únicos que estaban haciendo un buen negocio en pleno desastre, con una clientela que incluía expatriados que, tras evacuar a sus familias, se entregaban a la soltería. El inspector, un tipo amable y con buen inglés, me hizo una oferta difícil de rechazar. Me dijo que el Gobierno agradecería mucho que dejara fuera de mis artículos los distritos rojos y que a cambio podía esperar un tratamiento preferencial: «Si alguna vez se mete en líos, solo tendrá que llamarme y lo solucionaremos». Todavía guardo su tarjeta de visita: por si la próxima vez que llame la policía lo hace con motivos.

Somerset Maugham se marcha de Bangkok sin ofrecernos detalles jugosos de sus excesos. Emprende camino a Camboya, después de treinta y seis horas de travesía llega a Kep y desde allí sigue camino a Nom Pen. Se aloja en un hotel

sucio pero pretencioso, con una terraza que, según dice, está diseñada para que los huéspedes olviden que se encuentran lejos de Francia. Lamenta que la capital no conserve nada de su pasado, una carencia común a tantas ciudades asiáticas. Salvo por las edificaciones que tienen algún símbolo religioso o los palacios del poder, que suelen respetarse hasta que se les prende fuego para desalojar a algún sátrapa, los asiáticos sienten un aprecio limitado por su legado cultural o arquitectónico. Tiziano Terzani, el gran viajero y reportero italiano, decía que para los asiáticos el futuro es mucho más importante que el pasado, para el que no tienen tiempo. Lo antiguo les parece pobre: un barrio milenario puede ser sustituido por un rascacielos acristalado sin ningún remordimiento. Del barrio colonial francés de Nom Pen, por ejemplo, apenas queda intacta la Oficina Central de Correos. En Pekín, la mayoría de los *hutongs*, o barrios tradicionales, han sido demolidos. Singapur, esa aldea de pescadores transformada en una megaúrbe de la tecnología y el dinero, ha terminado enterrada en cemento. Asia ha vivido en los últimos cincuenta años el mayor y más rápido desarrollo de la historia de la humanidad, un viaje sin tiempo para sentimentalismos ni consideraciones estéticas. Cuando regresas a aldeas y pueblos que visitaste una década antes, encuentras grandes ciudades llenas de rascacielos y atascos. Normas urbanísticas endebles, tiburones inmobiliarios insaciables y políticos corruptos han hecho que muchas de esas urbes resulten insoportables para quien aprecie la serenidad, la salud o la cordura.

Nom Pen, sin embargo, mantuvo hasta no hace tanto un ambiente entre zen y despreocupado que merecía una parada. Cuando me dejo caer por allí, aparte de llamar a mi conductor y buen amigo Vichea, hay cuatro cosas que no dejo de hacer: un *tour* por la antigua cárcel-mu-

seo S-21, donde los jemeres rojos ejecutaron a miles de personas durante el genocidio, para recordar la inquietante oscuridad que siempre acecha a los hombres; una copa en el Elephant Bar del hotel Raffles, donde puedo imaginarme que, en cualquier momento, Jacqueline Onassis entrará por la puerta; una mañana de regateo en el Mercado Ruso, convencido de que encontraré algo interesante que comprar antes de marcharme con las manos vacías; y un paseo junto al río Tonlé Sap, que cobra vida en los atardeceres, con sus terrazas y la antaño obligada visita al Club de Corresponsales. Este local es hoy un símbolo de los tiempos que viven el turismo y el periodismo, mezclados sin remedio en una misma cosa. Hace ya mucho que, en el club, cuya carta ofrece mala comida a precios altos, los turistas reemplazaron a los reporteros. La parada ya solo tiene una motivación nostálgica para mí, en un intento siempre fallido de volver a los tiempos en que podías encontrarte en el bar con Al Rockoff, el fotógrafo a quien interpreta John Malkovich en *Los gritos del silencio*. O quizá voy para poder comportarme como el viajero cínico y cascarrabias que se pasa el día hablando de lo auténticas que eran las cosas en épocas supuestamente mejores.

—Ey, Johnny, ¿recuerdas cuando este lugar merecía la pena?

—*Nope.*

No muy lejos del Club de Corresponsales queda el palacio real. Maugham no quedó impresionado ni por la edificación ni por sus ocupantes, «una monarquía de fachada». Encuentra el palacio recargado y lleno de adornos, rematado con un trono suntuoso y chillón que le parece una prueba más de lo efímero de los imperios. Hay una historia sobre su actual ocupante que pocos conocen y prometí no contar, aunque por otra parte pienso que ha

pasado suficiente tiempo como para que mi fuente no se meta en líos. Suena a vieja excusa de periodista traicionero, lo sé. Mi fuente, en todo caso, es buena. La cosa es que el actual rey, Norodom Sihamoni, fue literalmente engañado para que ocupara un trono que nunca quiso. Su padre, Norodom Sihanouk, se encontraba cansado y enfermo, y su hijo vivía en París con su pareja, llevando una vida discreta como profesor de danza clásica y disfrutando de teatros y viajes por Europa. Como hacía caso omiso de las peticiones de su padre, este le pidió que al menos viniera a visitarlo para poder despedirse antes de morir. En cuanto el príncipe apareció por palacio, su padre ordenó que le quitaran el pasaporte, abdicó y lo forzó a aceptar el trono. Sihamoni, sin el carisma de su padre, es hoy una figura distante y ceremonial. Desde que me contaron la historia de cómo llegó a rey, cada vez que lo veo, siento que puedo leer su pensamiento: «Cualquier día me fugo a París. Ah, aquello sí que era vida».

Somerset Maugham pasa poco tiempo en Nom Pen porque su verdadero objetivo en Camboya es llegar a los templos de Angkor, que entonces no era un destino fácil. El autor se embarca en un viaje durante el cual tiene que cambiar de barco en tres ocasiones, pasar varios días de trayecto y recorrer la última parte en coche, bordeando uno de los afluentes del Mekong. Hoy basta tomar un vuelo en Bangkok por la mañana y antes del almuerzo estás visitando los templos. Verlos es otra cosa, porque las hordas de turistas te lo impiden y tus guías tienen que abrirse paso a empujones para hacerte sitio.

El Imperio jemer, que duró desde el año 802 hasta 1431, se extendió por lo que hoy son Camboya, Tailandia, Laos, Vietnam y Birmania, y su capital llegó a ser la más poblada del mundo, con cerca de un millón de habitantes repartidos en una extensión similar a la de Nueva York.

Tenía el orden urbanístico, la eficiencia y la sostenibilidad que ya querrían muchas grandes urbes de nuestros días, sobre todo las asiáticas. Y, sin embargo, un buen día todo se desmoronó. No los templos, que siguen en su sitio a pesar de los monzones y las embestidas de la jungla, sino la civilización que los construyó. Raro es que pase un año sin que un grupo de investigadores no anuncie una nueva teoría sobre el ocaso del Imperio jemer, desde la guerra hasta las enfermedades, pasando por las sequías o las plagas. Ninguno de sus habitantes dejó testimonio escrito que desvelara qué males los afligieron. Maugham deja caer que quizá la explicación esté en la más humana de las debilidades y fue simplemente la complacencia que suele acompañar al éxito lo que tumbó el Imperio jemer. Desde lo más alto, Angkor solo podía descender.

Maugham, deslumbrado ante los restos de aquella grandeza, escribe sobre lo mucho que le habría gustado visitar los templos acompañado de un filósofo que le explicara por qué, habiendo conocido lo sublime, el hombre termina por contentarse con lo cómodo y lo mediocre. Se pregunta si nuestra condición natural es el estado inferior de la civilización y por ello resulta inevitable que la naturaleza humana, tras pasar algún tiempo en las alturas, lejos de lo ordinario, vuelva con «alivio a un nivel que es solo un poco mejor que el de las fieras». El esplendor de Angkor produce ese efecto, parecido al de las pirámides egipcias: no puedes evitar comparar aquellas construcciones, levantadas sin la tecnología actual, con los desastres urbanísticos de las ciudades modernas. Es una contradicción que confunde a Maugham: «¿Es que las circunstancias, o tal vez su genio, lo educan [al hombre] durante cierto tiempo a remontarse a las alturas en las que no puede respirar fácilmente, por lo que prefiere volver a bajar a la llanura conocida?». «¿Es el hombre como el agua, que una presión

artificial puede hacer brotar en las alturas pero que vuelve a caer a su nivel en cuanto desaparece dicha presión?»

Los habitantes de Angkor abandonaron la ciudad, o perecieron en ella, el silencio se apoderó del lugar y la jungla lo engulló. Quedaron, inmortales, sus formidables templos y sus piedras convertidas en esculturas, historias de príncipes, bailarinas, amores y batallas grabadas para la eternidad. El lugar empezó a ser visitado ocasionalmente por exploradores y algunos misioneros a partir del siglo XVI. Sus templos no empezaron a ser conocidos en Occidente hasta que los descubrió a mediados del siglo XIX el naturalista Henri Mouhot, que describiría «la profunda quietud del bosque» que los rodeaba en su libro póstumo *Voyage dans les royaumes de Siam (Viaje a los reinos de Siam)*.

Mi templo favorito es Ta Prohm, devorado por las inmensas raíces de los árboles, que parecen querer estrangularlo. En una ocasión lo tuve para mí solo, antes de la llegada del turismo masivo. De fondo, escuchaba el bello sonido del monzón. Y sentía que sus piedras me hablaban, contándome historias de batallas heroicas, del pulso entre civilización y naturaleza, de supervivencia y falsas esperanzas. Después caminé hacia Angkor Wat, que desde la distancia se veía rodeado de agua y verde. Sus paredes estaban húmedas. Apenas había gente. Me senté a sus pies e imaginé cómo sería la vida en el imperio desaparecido. Quizá no tan diferente de la nuestra. Tendrían sus disputas, rivalidades y ambiciones. Sufrirían sus pandemias. La mentira se propagaría entre sus callejuelas. Nacerían y morirían amistades y amores. Se cometerían lealtades y traiciones. Guerrearían con otras naciones. Harían las paces. Los ciudadanos seguramente se quejarían de sus líderes y de la corrupción. Conversarían sobre el tiempo cuando no tenían nada que decirse. La pérdida, el

amor y la traición dolerían igual. Vivirían a veces en las alturas; otras en la planicie. No hemos cambiado tanto.

Ni siquiera hombres de buen gusto y asumida contención, como el escritor André Malraux, pudieron resistirse a llevarse un pedacito de Angkor a casa. El diario parisino *L'Éclair* titulaba el 3 de agosto de 1924: «El poeta Malraux saqueó los templos de Angkor». La crónica relataba cómo Malraux había arrancado varios relieves del templo de Banteay Srei, precisamente en los días en que Somerset Maugham lo estaba visitando. El escritor francés fue condenado en un juicio posterior en Vietnam, donde quizá alegó que todo había sido un desliz de *La condición humana*. Malraux venía de arruinarse con un negocio cuando decidió organizar su expedición a Camboya, en compañía de su mujer y de un amigo de la infancia. Cuando fue arrestado, mientras trataba de sacar del país cuatro relieves con motivos hindúes, llegó a atribuir su acción a un intento de preservar el lugar. Todo le sería perdonado con el tiempo y en Siem Reap, la ciudad donde se hospedan los turistas que visitan el lugar, uno de los restaurantes de moda lleva su nombre. Los camboyanos no conocen el resentimiento, aunque hay pocos países donde esta emoción esté más justificada.

También en su Francia natal se perdonó a Malraux, que fue ministro de Cultura en el Gobierno de Charles de Gaulle. Después de todo, ¿qué mejor ministro de Cultura que alguien que la apreciaba tanto como para llevarse un pedazo de Angkor bajo el brazo? ¿Qué no daríamos por tener hoy políticos que robaran con tanto refinamiento? Angkor era para Malraux la cumbre de la cultura: aquello que «en la muerte, continúa siendo la vida». No veía decadencia en su ruina, sino esplendor; no creía estar ante un conjunto de piedras, sino ante una muestra del arte más sublime; no pensaba que el lugar representara la fra-

gilidad de los hombres, sino su fortaleza. Insignificante ante su grandeza, el escritor empequeñeció hasta convertirse en un simple ladrón.

El templo que tentó al ministro queda cerca de la colina de Nom Dei y fue levantado por mujeres en el siglo x. Los relieves de sus muros de arenisca roja, delicadamente esculpidos, fueron dedicados al dios Shiva y representan cuentos mitológicos hindúes. Orientado al este, tiene ese halo de misterio que envuelve al resto de Angkor. Me picaba la curiosidad y quise visitarlo. ¡Pero, ah, decepción! No sentí el impulso de llevarme nada, ni siquiera un motivo decorativo. Llenar el salón de casa con los recuerdos de los viajes es una afición que se va perdiendo con el tiempo, afortunadamente. De las paredes de mi primer apartamento en Asia, en Hong Kong, colgaban un bumerán de Australia, una careta con nariz en forma de falo de Bután y una marioneta balinesa, entre otras pruebas irrefutables de que había estado en aquellos lugares. En cierto modo, padecía el síndrome del viajero que desea que, al recibir visitas, le pregunten por los lugares donde ha estado. Un día me desprendí de todas aquellas cosas, conservé un Buda, porque tenía buen peso para sujetar los libros de mis estanterías, y me sentí liberado. Rehabilitado incluso. Podía decirme a mí mismo que era una versión mejorada de esos turistas que estos días graban su nombre en los monumentos. Ignoran las zonas restringidas. Se suben a los frágiles templos de Angkor para hacerse un *selfie*, a pesar de los avisos. No quiero volver: prefiero el recuerdo de Angkor cuando podías visitar los templos a solas e incluso sentirte dueño de uno por un rato. Si fueron construidos como exaltación de la contemplación, el silencio y la espiritualidad, ¿qué sentido tiene verlos entre empujones, colas y griterío?

Somerset Maugham no vivió para ver hasta qué punto su teoría de la tendencia natural del hombre al declive, cada vez que parece a punto de tocar los cielos, se cumpliría en el antiguo Imperio jemer. El país que visitó cuando era un protectorado francés fue ocupado por Japón en la II Guerra Mundial, antes de volver a ser controlado por Francia y lograr finalmente la independencia, bajo el reinado de Norodom Sihanouk, en 1953. Sí, el mismo que *secuestraría* a su hijo para obligarlo a reinar. La intervención de Estados Unidos, apoyando el golpe de Estado contra el monarca y bombardeando posiciones guerrilleras durante la guerra de Vietnam, impulsó la emergencia del Jemer Rojo y su líder genocida, Pol Pot. Su llegada al poder en 1975 fue seguida del traslado de las poblaciones de las ciudades al campo, la ejecución de miles de opositores, la ruina económica y un holocausto que costó la vida a una quinta parte de la población. Cada vez que voy a la S-21, la prisión de la que solo siete de sus catorce mil presos salieron con vida, busco el puesto ambulante de Bou Meng, uno de los afortunados. Se gana la vida vendiendo ejemplares fotocopiados de su autobiografía a los turistas y con las propinas que recibe por hacerse una foto en la celda donde estuvo preso. La última vez que lo vi me dijo que temía que él y otras víctimas se estuvieran haciendo viejos y que muy pronto no hubiera nadie para contar su historia.

—Pero están los libros —le dije.

—Cada día vendo menos —me respondió—. Pronto nadie querrá leerlos.

Me aparté para dejar sitio a los turistas que querían llevarse recuerdos, con la duda de si convertir la S-21 en otra atracción turística me parecía una buena idea. Era probable que sirviera para concienciar sobre los horrores del genocidio, pero sin duda también lo banalizaba. Me decanté por pensar que era buena idea mantener ese recuer-

do. Si las construcciones más esplendorosas levantadas por los hombres, los rincones más vírgenes, los escenarios más bellos, si lo mejor había sido entregado a las masas de turistas para su disfrute y contemplación, ¿por qué no también nuestras creaciones más oscuras? Al caminar por los pasillos de la prisión, con las paredes cubiertas por los retratos fotográficos con la mirada asustadiza de los que iban a morir, es fácil imaginar que Somerset Maugham vería el genocidio camboyano como uno de esos momentos en los que los seres humanos tocamos fondo. Pero quiero pensar que lo haría con el optimismo de que, desde lo más bajo, remontaríamos el vuelo. Una vez más.

Maugham siguió hacia Vietnam, una etapa del viaje en la que apenas se detiene. En Hanói no encuentra nada interesante y ni siquiera la deslumbrante bahía de Ha Long, con sus aguas esmeralda y sus islas que emergen del mar como gigantes de piedra, consigue sacarlo del tedio. Agotado, en Hai Phong lo espera una sorpresa. Un camarero lo informa de que un caballero desea verlo: se trata de Grosely, un compañero de sus tiempos de estudiante de Medicina en el hospital Saint Thomas. Lleva cinco años en la ciudad portuaria y lo invita a cenar en su casa, donde le presenta a su mujer vietnamita y le ofrece fumar opio. Maugham tiene aún reciente el recuerdo de una mala experiencia en Singapur. La droga le había hecho sentir un gran placer físico y una curiosa actividad mental, «como si todas las ideas nos parecieran de repente sumamente claras». A la mañana siguiente había despertado con la peor de las resacas y vomitó. Así que declina la invitación, sin impedir que su anfitrión se dé el gusto. Apareció entonces una anciana con una bandeja con un infiernillo, una pipa, una aguja larga y una pequeña cajita redonda con

opio. Se arrodilló junto a Grosely, le preparó la adormidera y su excompañero dio una gran calada, dejándose envolver en una espesa nube de placer.

Grosely le cuenta su vida de éxitos y fracasos, sus veinte años en China como aduanero portuario, la pequeña fortuna que ha logrado amasar —Maugham sospecha que viene del contrabando de opio—, su más legítimo negocio de venta de antigüedades, y la confesión de ese sueño que comparten muchos viajeros llegados al Este, que es regresar un día a casa triunfante y respetado. Su invitado lo escucha, convencido de que los hombres son más interesantes que los libros, con el inconveniente de que no te puedes saltar ningún párrafo: es necesario leerlos enteros para dar con la página buena. ¿Pensaba Maugham en sí mismo al hacer esta reflexión? La suya no fue una vida fácil, aunque sí acomodada. William Somerset Maugham nació en la embajada británica en Francia y quedó huérfano de ambos progenitores antes de los doce. De su madre decía que fue su único amor verdadero. Dormía siempre junto a su fotografía, estuviera en su casa londinense o en una suite del Oriental. El pequeño Maugham empezó a escribir pronto y afiló su prosa con los compañeros de escuela que se mofaban de su tartamudez, un buen entrenamiento para el sarcasmo que después contagiaría toda su obra. Tras estudiar Medicina, sirvió en la Cruz Roja durante la I Guerra Mundial, fue reclutado por los servicios de inteligencia británicos para trabajar en Rusia, publicó uno de sus primeros grandes éxitos, *De la servidumbre humana*, estrenó veinticuatro obras de teatro, escribió discursos patrióticos para animar a los aliados durante la II Guerra Mundial y terminó haciendo guiones en Hollywood. A pesar de su productividad, se consideró a sí mismo un escritor limitado y poco creativo. Necesitaba, según decía, vivir experiencias con las que alimentar

la falta de imaginación. Y la alimentó, rabiosamente, con una curiosidad inagotable sobre los lugares que visitaba y los personajes que encontraba en el camino. En Asia, que inspiró una parte importante de su obra, se detiene a menudo en los expatriados y en tipos como Grosely, antes que en las gentes del lugar. Esa falta de profundidad en el oriental, por esnobismo, respeto o incapacidad para penetrar en su carácter, reforzó las críticas sobre su orientalismo, esa forma que tiene Occidente de explicar la región desde un puñado de estereotipos y conceptos fáciles. Todavía hoy lo culpan, pobre William, de ser el precursor en la propagación del exotismo mágico que altera las percepciones occidentales sobre el Este.

Al contrario que otros autores, como Orwell o Conrad, Maugham no muestra un gran sentimiento anticolonial o una sensibilidad especial por las injusticias sociales que encuentra. En sus libros de viajes no pretende educarnos sobre las comunidades remotas o sus costumbres, recomendarnos lugares que visitar o analizar la geopolítica de los países que recorre. Tampoco parece especialmente interesado en la historia o las pagodas, aunque Angkor le parezca inigualable. Y así se nos revela como una rareza: el escritor de viajes honesto. Podría presentarnos a grandes personajes orientales, aun sin entenderlos, pero está más cómodo diseccionando a expatriados que han caído por aquel mundo, a menudo sin saber cómo o por qué.

Grosely, su anfitrión en Vietnam, le cuenta entre pipas de opio que su anhelo es regresar a Inglaterra, para emborracharse en el Criterion Bar y acudir al *derby* con frac, sombrero marrón y gemelos colgados del cuello. «Había vivido como un eremita con el único objetivo en mente de volver a llevar una vida tan vulgar.» Relata su fallido regreso a Londres, donde nada es como lo recordaba. Los lugares que frecuentaba ya no existen, las chicas son más

antipáticas que cuando tenía veinte años y hasta las resacas le parecen más insoportables. No hace amigos y se siente solo. Y de repente, las cosas que había dejado atrás en Oriente se visten del valor que antes había pasado por alto. Las mujeres chinas, sin los aires de las inglesas. La diversión, a cambio de menos dinero. Hacerse socio de un club, sin que escruten tu pedigrí. Las calles siempre animadas y toda esa gente que, por el simple hecho de que eres extranjero, quiere pasar un rato contigo. El año y medio en Inglaterra se le hizo más largo que dos décadas en Oriente. Así que pone rumbo a China de nuevo y, durante una parada en Hai Phong, sube a un *rickshaw* y pide al mozo que lo lleve a algún lugar donde pasar un buen rato con una mujer. El mozo lo conduce a la casa en la que Grosely acaba contándole su vida a Maugham, y el escritor se plantea quedarse una noche. El opio nubla sus sentidos, maquilla las heridas de su alma y lo envuelve en sueños imposibles. Su barco a Hong Kong parte a la mañana siguiente. Lo deja marchar.

—La vieja prepara unas pipas estupendas y ella, mi chica, es una joven bonita, y luego está también el crío. Un pequeño granuja. Si uno es feliz en algún lugar, ¿para qué irse a otro?

—¿Es usted feliz aquí? —pregunta Maugham.

—Nunca he sido más feliz en mi vida.

Mientras leía la historia de Grosely, no podía dejar de pensar en la cantidad de occidentales que había conocido con historias similares a la suya. Tipos, porque la mayoría eran hombres, que caían rendidos ante los encantos de una vida fácil, de mujeres bonitas y privilegios poscoloniales, agradecidos de que se los tratara con deferencia solo por ser blancos. Una vez que habían vivido en Asia, se

sentían seres extraños e inadaptados en Europa o allí de donde vinieran. Quienes no tenían más remedio que regresar morían de nostalgia por la vida dejada atrás. Un amigo me lo explicó desde el punto de vista de su vida sexual. En Bangkok ligaba como si fuera una estrella de Hollywood.

—Voy al supermercado y salgo con el teléfono de la cajera, voy a jugar al golf y acabo con la *caddie* que nos protege del sol con el paraguas, si salgo por la noche... Hay días que no salgo de casa para evitar la tentación —se lamentó falsamente.

Sabía que no exageraba, porque era así con la mayoría de los solteros y no pocos de los casados instalados en la ciudad. En cuanto a ellas, las expatriadas solteras, se quejaban amargamente de que los extranjeros no les hacían caso porque estaban demasiado ocupados con las orientales, mientras que los locales les parecían poco atractivos o tampoco mostraban interés. *The Wall Street Journal* escribió por entonces un artículo que describía el síndrome: «Volar sola: Asia es duro para las mujeres occidentales solteras». Ejecutivas destinadas en el continente, con grandes puestos de trabajo, magníficos salarios y ninguna cita, se sinceraban en una catarsis que resonó en la comunidad expatriada. Julie Sleva, directiva canadiense de L'Oréal, que andaba por ahí en aquellos días, se despachaba a gusto en la pieza del *Journal*: «Nunca ves a un hombre tailandés con una expatriada y los hombres expatriados están casados, son gays o tienen una joven tai colgada del brazo». Y especificaba más aún: los hombres eran «gordos y asquerosos».

Un día la empresa de mi amigo, que no era ninguna de esas cosas, lo llamó de vuelta a Europa y tuvo que mudarse a Madrid, donde la carroza se transformó en calabaza y el *playboy*, en otro hombre del montón; sus encantos se

evaporaron sin más. Ya no lo recibían con honores en los restaurantes ni podía acceder a una membresía de un club elitista, que en Europa costaba veinte veces más, ni pasarse el día en chanclas y bermudas, sin que nadie atendiera a su etiqueta. Cuando lo vi, unos meses después, esta vez sus lamentos sí me parecieron sinceros. Se sentía como el Grosely de *El caballero del salón*:

—¿Puedes creer que en Europa hay que conversar para ligar?

Maugham creía que el viaje era una búsqueda sobre cuyo éxito resultaba difícil ser optimista. En *El velo pintado*, la novela donde hombres blancos se pierden en los fumaderos de opio chinos, escribe que todos andamos necesitados de encontrar el rumbo: «Algunos de nosotros buscamos el Camino en el opio y otros en Dios, algunos en el whisky y otros en el amor. Es todo lo mismo y no conduce a ninguna parte».

Repasé la lista. Si miraba atrás, estaba seguro de que ninguna de las cosas que citaba Maugham me había llevado a emprender mi viaje al Este, ni me había retenido allí durante dos décadas, o formaba parte de las razones que me hacían volver, una y otra vez. ¿Podía ser la promesa de la que hablaba en *El caballero del salón*, tan cercana y distante a la vez? ¿Existía o era otra fantasía del viajero occidental? Maugham daba pistas vagas y algún consejo. No debía buscarla entre junglas oscuras y templos ancestrales, en montañas remotas o islas paradisiacas, sino en las gentes de todos aquellos lugares: «Me pareció que en estos países del Este el monumento más impresionante, la antigüedad más inspiradora, no es ni el templo, ni la ciudadela, ni la gran muralla, sino el hombre». ¿Acaso la encontraron Conrad en Borneo, Orwell en Birmania o Graham

Greene en Saigón? Sabía por sus libros que Alexandra David-Néel lo había intentado en el Tíbet, el escritor italiano Tiziano Terzani en un largo viaje asiático exento de aviones; y Rudyard Kipling en las casas de opio y los burdeles de Lahore:

*Llévame a un lugar al este de Suez donde lo mejor es como lo peor,
donde no hay diez mandamientos
y donde cualquier hombre pueda beber hasta no tener sed.*

Quizá si seguía las huellas de todos ellos, viviendo los lugares y revisitando las gentes que aparecen en sus libros, daría con algo que se me pasó por alto y que, con la ayuda de su mirada, se presentaría ante mí con la obviedad de las cosas que siempre han estado delante de nuestras narices, sin que las veamos. Tal vez entonces, al regresar a casa, me sentaría en el sofá y podría dar mi viaje por finalizado. Y decir: «Lo encontré».

El secreto oculto de Oriente.